Los que urdieron en la sombra las intrigas nefastas que lo derrotaron en la elección que se llevó a cabo en aquellos días en que la política, como una vil intrusa, se metió a la Universidad, deben haber sentido hoy un escozor en la conciencia.

Ahora ya nada puede turbar su augusta serenidad, ahora pertenece a la eternidad con la cual pueden compararse la inmensidad de sus anhelos y las proporciones de su ansia de fraternidad.

"La Tribuna", 22 de mayo de 1945.

La batalla de San Bartolomé

Por Salvador Calderón Ramírez

Las batallas de San Pedro Perulapán, Gualcho y otras más, ganadas por el General Morazán, y que nos narran con cálido ardor los historiógrafos centroamericanos, fueron funciones de armas de poca monta, comparadas con la originalísima pugna sostenida a orillas del lago de Managua, el 24 de agosto—día de San Bartolomé—dos años después de la declaratoria de nuestra independencia. Podrán haber jugado gran papel en las jornadas del paladín unionista la estrategia y el valor, pues fueron, indudablemente, hábiles combinaciones tácticas que pusieron de relieve sus cualidades para dirigir operaciones militares y sus arrestos heroicos, pero asi y todo, tiene matices geniales, insuperables, la batalla de San Bartolomé, realizada por un ordenado y ungido presbítero, signado con el óleo santo.

En la citada fecha, liberales y serviles andaban a la greña. Estos—a quienes llamaban también chapiollos—tenían una junta de Gobierno, rival de otra domiciliada en León El coronel Cleto Ordóñez, protector de la última, encontrábase sitiado en Granada por el comandante general Crisanto Sacasa.

El hombre de pensamiento y de acción que daba vigor y fortaleza a la junta de Managua era el padre Policarpo Irigoyen cura de dicha villa, persona de mucha enjundia y acierto. Su bondad se manifestaba en actos de altruísmo constante y su bolsillo estaba siempre abierto para aliviar las necesidades de sus feligreses. Vivía entonces en la Casa de Alto, lugar donde hoy día está situado el reconstruído Palacio Nacional.

Acababa de regresar de la iglesia y después de tomar su desayuno, paseábase como de costumbre a lo largo del amplio corredor del casón que le servía de albergue. De pronto apareció Manuel Silva, su secretario, hombre de toda su confianza, y díjole:—Reverendísimo padre: ha llegado un correo de León y trae esta carta urgente del presbítero Gaitán.

Púsose las gafas y leyó ansioso la misiva. Notábase que algo grave contenía el escrito, porque la frente del religioso se contrajo, mostrando intensa emoción. Logró dominar sus impresiones y ya sereno, dijo a su compañero y confidente:

—Necesito que te pongas en camino inmediatamente; y aunque revientes tu cabalgadura debes llegar a Granada antes de la puesta del sol, a fin de que le entregues, personalmente, al comandante general, la carta que acabamos de recibir. De viva voz le darás explicación de nuestra apuradísima situación. Dentro de 24 horas nos atacarán los de la junta leonesa con tropas numerosas y aguerridas y urge que nos ayude enviándonos algunas compañías de las que sitian a Granada.

Poco después, Manuel Silva, a horcajadas sobre su brioso corcel llamado el Relámpago, galopaba sobre la senda que conduce a Masaya. La carta que produjo tan honda preocupación en el ánimo del padre Irigoyen anunciaba que salía de León una columna de mil hombres, mandada por el coronel Osejo y Tifer, quienes intentaban sorprender a Managua. Tal movimiento ofensivo colocaba a la junta conservadora en una situación arriesgada, pues su ejército, a la cabeza del peritísimo coronel Sacasa, encontrábase en los alrededores de Granada, asediando estrechamente al coronel Cleto Ordóñez.

El corazón del padre Irigoyen no era de blando alfeñique y en vez de amilanarse hizo cara al peligro: convocó a los caudillos del pueblo y sin reticencias ni eufemismos les explicó lo que ocurría. Se presentaba el problema de rechazar a los leoneses sin levantar el cerco que casi tenía vencido al coronel Ordóñez. Era indispensable derrotar a los de León e irse tras de ellos, y si fuere posible apoderarse de la madriguera liberal; dando fin y remate a la tarea de acabar con la junta de los rojos. Llenos de entusiasmo, unánimemente, juraron morir en aquella patriótica cruzada.

Impartiéronse órdenes para recoger todas las armas que hubiese; y se depositaron en la Casa de Alto. El inventario, esbozado por el secretario Matías Segura, habría desalentado a otro que no fuera el corajudo clérigo, defensor de la plaza. Las herrumbrosas escopetas no llegaban a 150; y según la opinión del experto herrero—Lino Montiel—que las examinó, los tales fusiles eran inofensivas carabinas de Ambrosio: no servían para nada.

Más tarde todos pudieron observar que el fruncido entrecejo del padre se desarrugó después de un largo y animado palique con Juan Maradiaga, indígena de agilísima inteligencia, socarrón y disimulado, el cual tenía su rancho en los Braziles a orillas del sendero que traían los invasores. Esa mismísima tarde Juan arribó a su estancia, y en el agudo cucurucho de su pajiza cabaña hizo flamear una roja bandera que tenía en sus pliegues esta inscripción: *¡Viva León, mueran los chapiollos!*

Sin perder un minuto de tiempo, el cura Irigoyen reunió en la Casa de Alto a los sastres y a las costureras de la localidad, exigiéndoles que confeccionaran—conforme a un sencillo modelo que les mostró—500 gorras hechas de diferentes y vivos colores y de una materia denominada papel de seda, flexible, muy brillante y lustrosa. En el aderezo de aquellas prendas, viejas y niñas ayudaron con toda diligencia.

En la madrugada del 23 retornó de Granada el secretario del cura: informó que el coronel Sacasa apenas podía enviar 50 hombres en socorro de la junta. En realidad, la tarde de ese mismo día, entraba a Managua el destaca-

mento anunciado, mandado por el capitán Eduardo Ruiz. En la noche, con la mayor cautela, fueron a vivaquear en el punto llamado la Ensenada, en un recodo del lago.

El cura revistó a su gente, haciéndola desfilar por el camino de Motaxtepe. Aquella muchedumbre, integrada de hombres y de adolescentes, armados con fusiles, trabucos, machetes, lanzas, estoques y garrotes, se deslizaba con rumbo a los alrededores de la amenazada villa. Unicamente la energía del guerrero de sotana, daba valor a la desorganizada legión. Bullía por el camino el hormiguero humano marcando el paso al compás de estridentes y atiplados clarines y de roncos parches...

Por otro lado, las fuerzas leonesas aproximábanse a Managua; y,—¡cosa singular!—les servía de guía Maradiaga, el indio que había conferenciado con el padre Policarpo. No se sabe qué marrullerías y amaños ejercitó; pero es el hecho que él venía convertido en baquiano de los invasores.

Por entre las brumas de la mañana—y desde la cima de un encumbrado picacho—los coroneles Osejo y Tifer, después de distribuir su gente, apoyada por piezas de artillería, comenzaron a observar la activa movilización de sus contrarios. Maradiaga que había ganado la confianza hizo que fijaran sus ojos en el enemigo, el cual en tales momentos atravesaba el camino que cortaba perpendicularmente el que ellos seguían. Pasaban y pasaban sin cesar un momento los defensores de Managua, destacándose sobre un claro formado por la intersección de ambas vías.

El cura había preparado hábilmente la artificiosa estratagema: los hombres desfilaban; y protegidos después por la fronda espesa de un monte, colocábanse gorras de vivísimos colores y en su constante rotación despertaron la creencia en los dos jefes liberales que un ejército numerosísimo se les enfrentaba.

La fecunda inventiva del cura armó la celada.

Los guerreros se multiplicaban como los panes milagrosos del desierto.

En las tropas leonesas comenzaron a notarse ciertas vacilaciones; y como el miedo es contagioso, algunos opinaban que era prudente regresar a la Metrópoli; pero los jefes aludidos no quisieron retroceder e impartieron sus órdenes para el ataque.

En los momentos de romperse los fuegos, vibraron las notas agudas de un clarín, y ya no quedó la menor duda a los occidentales que Motaxtepe—cumbre estratégica ocupada por los serviles—amenazaba su aía derecha. Casi simultáneamente escucháronse detonaciones en el frente y en la retaguardia. El ataque por la espalda acabó con la moral de los liberales, quienes acto continuo se desbandaron.

La impedimenta militar, los abastecimientos, el tren de artillería y muchos prisioneros cayeron en poder de los *chapiollos*. La victoria fué completa.

Lo admirable en aquella pelea cubierta de humo—en la cual durante varias horas escuchóse el hórrido tronar de los cañones, obuses y fusiles—es que no se oyeron lamentos o ayes de dolor... No hubo muertos, ni heridos, ni siquiera magullados o contusos.

En otras batallas del Istmo centroamericano, la victoria se entenebreció, pues fueron, a no dudarlo, trágicas hecatombes. Todavía blanquean en riscos y llanuras los huesos de muchos de nuestros hermanos... En la de San Bartolomé—el 24 de agosto de 1824—el numen genial del padre Irigoyen hizo el milagro de que florecieran las rosas del triunfo sin vaciar las venas y arterias de sus soldados. Al parecer, la liza estaba iluminada por lumbres de fuegos artificiales... inocentes juegos pirotécnicos. La virginidad de la gloria no se tiñó con la sangre de Abel. De haber existido entonces el premio Nobel se lo habrían otorgado al tonsurado paladín de aquella jornada; jornada, no de muerte, sino de salud y de vida.

Por eso ha sido y será la batalla más digna de aplauso, de más renombre y de más fama.

¿Qué otra podría presentar mejores títulos para la celebridad histórica?

San Salvador, 4 de setiembre de 1941.

(Del Concurso Literario de "El Diario de Hoy".)

Disquisición heráldica acerca del modo que conviene blasonar el escudo de armas de la noble e ilustre casa de Lacayo de Briones.

Por Norberto de Castro y Tosi

Juez de Armas de Costa Rica y Guarda de su Armorial General
C. del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas
Académico C. de la Mexicana de Genealogía y Heráldica
Fellow Institute of American Genealogy

Los adeptos de la ciencia heráldica suelen dividir ésta en tres ramos: el estudio teórico del blasón, o sea de sus esmaltes, de las leyes que lo rigen, de las proporciones que se deben guardar entre las piezas, de los lugares que corresponden a éstas, de la simbología de los colores y de los muebles, de la figuración apropiada de los yelmos y emblemas de dignidades, de la correcta colocación de los soportes, sostenes, mantos y collares, etc.; el estudio de la evolución del blasón, que comprende la investigación acerca de sus orígenes primeros, de la estilización de los muebles, de las tendencias que en cada época diferencian a las armas, y finalmente de las piedras armeras que tanto en España como en Indias han subsistido a los embates del tiempo y a la barbarie de la ignorancia y del espíritu plebeyo; y en tercer término el estudio del blasón en sus relaciones con la genealogía, las brisuras que adoptaron las ramas segundonas, las modificaciones, difamaciones, y acrecentamientos que han ido sufriendo, los cambios en los esmaltes, siendo uno de los deberes más árduos el establecer correctamente las armas exac-